

Recuerdos (I)

Julio Colón Gómez

Coautor de *Arte de traducir el inglés*

Ciudad de México (México)

Mi padre, Julio Colón Manrique, nació en Barcelona el 22 de marzo de 1888 y falleció en México, D.F. el 18 de julio de 1982. Sus padres fueron Eusebio Colón Rodríguez, nacido en Madrid en 1854 y fallecido en Chamartín de la Rosa (Madrid) en 1933, y Antonina Manrique Pérez, nacida en Calatañazor (Soria) en 1862 y fallecida en Chamartín de la Rosa (Madrid) en 1953.

Mi madre, Angustias Gómez Lachica, nació en Granada en 1891 y falleció en México, D.F. en 1978.

Mi padre tuvo la suerte de contar con el extraordinario temple de su madre, que se sobrepuso a todas las desgracias. Mi abuelo, que era sastre, se quedó ciego a los 46 años de edad y todavía vivió 33 años más. Mi abuela era maestra de escuela; se abrió camino a pesar de tener al marido ciego y un hijo de 11 años; fue consiguiendo ascensos y al final era maestra normalista de corte y confección. Como maestra de escuela estuvo en San Pedro Pescador (Gerona) y en Mayals (Lérida).

Mi padre fue siempre enemigo de la intolerancia. Contaba que en San Pedro Pescador, a los seis o siete años de edad, en alguna fiesta religiosa los niños de su edad se reunían en el atrio de la iglesia y empezaban a dar golpes en el suelo con unas pencas de nopal (llamado chumbera en España), diciendo que iban a «matar jueus» (a matar judíos). Cuando mi padre tuvo raciocinio, comprendió que aquello era una barbaridad; toda su vida fue acérrimo enemigo del antisemitismo. Su madre obtuvo un mejor empleo con el traslado a una escuela normal en Málaga y dos años después a Granada, ciudad con más habitantes y de mayor categoría. Fue en Málaga donde mi abuelo empezó a perder la vista.

Mi padre hizo el bachillerato (equivalente a la secundaria mexicana) entre Málaga y Granada. El maestro de francés en Granada era un señor Eduardo Ugarte que distinguía a los mejores alumnos sentándolos delante como «secretarios». Eran

cuatro secretarios: uno de ellos, mi padre; otro era Rafael Gómez Lachica, hermano de mi madre; otro, apellidado Noguera, y otro que debe de estar entre los papeles de mi padre, que quiero revisar antes de morirme. Mi padre y mi madre se enamoraron gracias a que mi padre iba a estudiar por las noches a casa de mi tío Rafael. (La historia se ha repetido en México: mi yerno Eduardo Loaeza era compañero de estudios de mi hijo Julio Colón Viciano y acabó casándose con mi hija Adelina.)

En esas clases de francés, cuando alguno titubeaba o fallaba al contestar una pregunta del examen, el maestro decía, furibundo: 'Allez à la plèbe et confondez-vous avec!' (literalmente: «Vaya usted a la plebe y confúndase con ella»). Muchas de estas cosas son recuerdos que me dejó mi padre. El profesor pronunciaba la siguiente frase en francés (equivalente al refrán «Dios los cría y ellos se juntan»): 'Pour un crapaud, c'est sa crapaude', es decir, «Para un sapo hay una sapa», algo así como «Nunca falta un roto para un descosido». Claro que en español no se puede decir *sapa*, pero en francés *crapaude* suena como femenino de *crapaud*.

Mi padre siguió viviendo en Granada hasta que, hacia 1910, quiso estudiar en la Universidad de Madrid. Empezó dos o tres carreras, inició la de Matemáticas, y luego intentó la de Ciencias y la abandonó. En Madrid estuvo en una pensión con varios compañeros, de los que se hizo muy amigo. Uno de ellos era José María Leza, telegrafista de la población zaragozana de Épila, que en 1936 fue fusilado por los franquistas cerca de Zaragoza. En la pensión estaban también otros estudiantes de la carrera de Telégrafos, que mi padre tampoco terminó.

Hacia 1912 mi padre empezó a estudiar Farmacia como una salida, tratando de abrirse paso en la vida. Ya tenía casi 25 años; se había enamorado de mi madre, hizo la carrera de Farmacia, sacó su licenciatura, hizo oposiciones a farmacéutico militar, obtuvo el segundo puesto entre los ocho que salieron aprobados y le destinaron primero a África (Larache o Alcazarquivir) y después a Santoña, en la provincia de Santander. Para mantener el decoro en el ejército, si un teniente quería casarse, estaba obligado a esperar el ascenso al grado superior (capitán). El teniente debía permanecer soltero, a menos que demostrara tener suficiente capital para mantener una familia con decoro. Así el

noviazgo de mis padres duró ocho años, la mayor parte por correspondencia, al hacer él la carrera en Madrid y estar luego destinado en África y en Santoña. Por fin, en junio de 1917, cuando ya lo ascendieron a capitán, consiguió casarse y se fueron a vivir a Santoña. Al cabo de unos meses lo destinaron a Ceuta.

Ceuta y Melilla son las únicas ciudades del África continental que eran y son de soberanía española. Entonces estaban rodeadas por el Protectorado Español de Marruecos, que hoy en día es un país independiente. En aquella época había guarniciones del ejército español en Tetuán, Larache, Alcazarquivir y varias poblaciones de Marruecos. En Ceuta nací yo el 18 de marzo de 1918. Mi padre, tratando siempre de mejorar, buscó un destino en la Península, pero tardaron dos años en dárselo.

En enero de 1919 me llevaron a Granada de vacaciones. Luego regresamos a Ceuta. En 1920 le concedieron a mi padre un puesto en la Farmacia del Hospital Militar de Tarragona. Vivimos dos años en esta ciudad y otros dos en Barcelona. Allí fue donde conocí la escuela. Mi padre me inscribió en la Escuela Montessori de la Mancomunitat Catalana, donde la enseñanza, por supuesto, era en catalán. Aprendí a leer y escribir en catalán antes que en castellano. Mis compañeros de la escuela, niños de mi edad, me querían mucho, aunque me llamaban el «castellufa», modo despectivo de nombrar a los castellanos de Cataluña. Debía de ser yo bastante aplicado, porque, de niño pequeño, tuve un capricho que afectó incluso el plan de promoción de los grupos: cuando pasé al siguiente grado de preprimaria o de kinder (no sé cómo se llamaba entonces), no quería separarme de la ‘senyoreta Teresa’, la maestra de mi clase, y entonces, como una cosa muy excepcional, en lugar de que ella recogiera a los alumnos del siguiente año, conservé el grupo donde estaba yo y avancé de año junto con nosotros, algo desusado.

Cuando yo tenía cinco años, en 1923, los cobradores de los tranvías en Barcelona me regalaban los tacos con las matrices de los boletos de los tranvías, y me gustaba arrancarlos, ponerlos unos junto a otros y clasificarlos.

Una lavandera, una criada que iba a casa a lavar la ropa, veía mi afición y a veces me regalaba un almanaque, y yo empecé a ver que los números representativos de los domingos venían en rojo y

estaban de siete en siete, y recortaba los números para obtener una numeración del 1 al 31 que comprendiera domingos de diversos meses y, por tanto, con distintos numerales. En fin, el hecho es que la pasión mía por los números fue (y sigue siéndolo a los 84 años) tan fuerte que hoy día no necesito la calculadora para operaciones de suma y multiplicación; me gusta mucho hacer multiplicaciones de memoria. Hace ocho años que ya no manejo, pero cuando veía las placas de algún automóvil delante del mío, me gustaba descomponerlas mentalmente en números primos, y lo mismo hacía al comprar un número de lotería.

Hay un tema que para mí ha sido tabú durante muchos años: el problema de la religión. Mis padres y mis abuelos, naturalmente, fueron bautizados y se casaron. Sin embargo, a mí no me bautizaron. Yo también me casé únicamente por lo civil y no bauticé a mis hijos. Pero con el espíritu tolerante que tenemos los liberales, cuando dos de mis tres hijos tuvieron necesidad de entrar en el rebaño católico so pena de perder el cariño del ser amado, a mí me pareció lo más natural del mundo que fueran bautizados y se casaran por la iglesia católica.

En la Escuela Montessori los niños mayores que yo me asustaban con una coladera que tenía un asa. Era una tapadera corriente, de las que cubren registros de teléfonos, cables de la luz, alcantarillas o cualquier otra cosa, y me decían que jalando de esa asa salía el diablo. Yo no tenía ni idea de lo que era el diablo, pero me pareció algo completamente terrible.

En septiembre de 1923, Primo de Rivera dio el golpe de Estado con el que se suprimió la libertad de usar públicamente el catalán como idioma oficial. La escuela se cerró. Mi padre vio que la cosa estaba bastante mal en Cataluña y obtuvo su traslado a Valencia. Lo que recuerdo yo desde que tuve uso de razón hasta los 14 o 15 años es que continuamente andábamos cambiando de un lugar a otro; teníamos incluso un billete kilométrico familiar en los ferrocarriles para obtener una tarifa rebajada (conservo uno de junio de 1930 con las fotografías de mi padre, mi madre y mía). La mitad del tiempo nos la pasábamos durmiendo en el suelo con los colchones, porque las camas y los demás muebles venían detrás. Apenas habíamos vivido un año o dos en forma normal cuando ya teníamos que reemprender viaje como gitanos tras-

humantes. Volvíamos a empacar, los libros se metían en grandes cajones de madera, se mandaban por delante y, claro, a veces llegábamos al destino hasta dos o tres meses antes que el mobiliario. En Valencia estuvimos hasta 1927.

Ese año mi padre consiguió trasladarse a Madrid, que era su ilusión, porque pensaba que allí podía yo hacer mejores estudios. Desde 1923 o 1924 hasta 1931 estuve sin asistir a ninguna escuela. Fue una ventaja, pero también un inconveniente. La ventaja fue que tuve un maestro para mí solo, pues mi padre me enseñó mucho más de lo que podía haber aprendido en la escuela, con más cariño y con una atención que no se me obligaba a compartir con nadie. La desventaja fue que la falta de hermanos y de compañeros de escuela me ha hecho tímido e introvertido, *handicap* bastante serio para el desarrollo anímico en mi formación como persona.

En 1927 estuvimos en Madrid sólo un par de meses porque luego se suprimió la plaza de jefe de Farmacia (no sé si era Farmacia del Hospital o Farmacia de la Plaza). En Farmacia Militar había farmacias adonde podían acudir los familiares del personal del Ejército a comprar sus medicinas, y se llamaban Farmacias de la Plaza; y en los Hospitales Militares había también una farmacia que era atendida por un oficial al frente de varios soldados rasos como practicantes y ayudantes. Mi padre era jefe de la Farmacia n.º 3. En la plaza de Madrid había cuatro farmacias. Creo que en 1927 hubo una reorganización y el puesto se suprimió. Mi padre se acogió entonces a la ley o reglamento que permitía a los oficiales de mayor antigüedad dentro de un grado (capitán, en el caso de mi padre) retirarse como supernumerarios con sueldo hasta que hubiera suficientes plazas. En el escalafón había demasiados oficiales y, como no había plazas para todos, se les permitía optar por eso.

Gracias a ello vivimos en Granada de marzo de 1927 hasta 1929, en una casa que mi abuela se había hecho construir en el Cerrillo de Maracena, un pueblecito a 5 km de Granada. El terreno estaba bordeado por un lado por una vía del tranvía interurbano Granada-Maracena-Albolote-Atarfe-Sierra Elvira-Pinos Puente, y por el otro lado por la vía del ferrocarril de Granada a Madrid. Éste era un ramal secundario que entroncaba en Moreda. Era un pueblecito con una estación llamada Atascadero, situada antes de Moreda y que enlazaba con

la línea general de Madrid a Almería. Es decir, de Madrid a Granada no había tren directo, sino que en Atascadero se separaban los vagones del tren de Madrid a Almería y se les enganchaba a un tren local que regresaba a Granada. Las principales estaciones desde Granada eran Albolote, Calicasas, Deifontes, Iznalloz, Piñar, Bogarre, Atascadero y Moreda. La casita del Cerrillo de Maracena tenía bastante jardín y árboles frutales. Allí pasé una temporada feliz de los 9 a los 11 años de edad.

En 1927, viviendo en el Cerrillo de Maracena, fuimos a pasar unos días a Víznar, por el rumbo de Alfacar, población en la que tenía una casita Francisco Cantero, corredor de bolsa cuya esposa, Anita, era una de las tres hermanas de mi madre. Allí en Víznar mataron a Federico García Lorca en los primeros días de la guerra. Francisco y Anita tenían un hijo y dos hijas; mi tía murió en 1935 en su cuarto parto. Coincidiendo con nuestra visita a Víznar en 1927, estaba en casa de los Cantero un sacerdote amigo de la familia, que me dijo: «Vamos a ver, muchacho, cómo andas de religión». Claro que yo de religión no sabía ni papa. Mi padre estaba a mi lado y quiso intervenir, pero tampoco se atrevió.

— A ver, muchacho, ¿cuántos dioses hay?

— Uno. Bueno, eso era fácil. Por lo visto yo ya sabía que había un dios; la gente que me rodeaba sí sabía, al menos, lo que era Jesucristo y Dios y algunas cosas, pero muy poquito.

— Y personas, ¿cuántas hay?

— Muchas.

¡Buf!, el pobre sacerdote se llevó las manos a la cabeza y empezó a increpar a mi padre: «Pero, oiga, usted, ¿cómo es posible que a este muchacho no le haya dado usted una educación religiosa?» Yo me quedé todo avergonzado, y dije: «Bueno, ahora ¿qué he hecho yo?», porque tenía la idea de que yo era un hijo modelo del que su padre se enorgullecía, que tenía grandes habilidades de cálculo mental y... en fin, nunca dejaba yo mal a mi padre. En aquella ocasión fue algo inesperado. No sé cuánto tiempo tardé en enterarme de que había tres personas y eran Padre, Hijo y Espíritu Santo; eso lo aprendí después. Mi padre, con evasivas, se salió por la tangente. (En 1927 y en un pueblo era peligroso, y aunque mi padre no tenía allí actividades que pudieran suponerle un

castigo por parte de sus superiores, era señalarse un poquito.) De todas maneras dijo: «Bueno, verá usted, es que más adelante, y tal y cual», y ahí quedó la cosa.

En 1928 (tenía yo 10 años) vivíamos en Granada y un día mi padre me dijo: «Bueno, te voy a enseñar francés»; tomó un libro de aritmética de los hermanos maristas editores de los famosos manuales FTD, y dijo: «Vamos a leer». Empezó a leer en francés y yo a pronunciar detrás de él, pero con un libro de aritmética, no de gramática. Esta materia era mi fuerte; yo tenía un bagaje de cálculo mental y de aritmética elemental: sumar, restar, multiplicar, dividir y elevar a potencias (nada más en aquella época, porque aún no sabía extraer raíces, pero tenía una facilidad mental muy grande). Sabía contar de 7 en 7, de 13 en 13, lo que me pusieran a hacer. Me acuerdo de que todavía en Valencia, a los siete años, me puse a escribir números en un papel desde el uno hasta el dos mil y pico, uno por uno, nada más por capricho.

En fin, aprovechando mi afición por la aritmética, mi padre me enseñó francés, y aprendí a leerlo y escribirlo y disfruté mucho de las fábulas de La Fontaine, que me siguen gustando mucho.

En 1929 a mi padre lo ascendieron a farmacéutico mayor (equiparado a comandante), y perdió los derechos que tenía a cobrar el sueldo sin trabajar, porque entonces, como comandante, al ser el último en el escalafón, tuvo que echar papeleta, como se llamaba entonces a solicitar empleo, y le tocó una de las peores plazas; no tan mala como si hubiera ido a África, pero, en fin, le tocó ir a Burgos, plaza relativamente menos importante que Barcelona, Zaragoza o Madrid.

En 1930, viviendo en Burgos, invitaron a mi padre a dar clases de alemán en el Ateneo de esa ciudad a un grupo de seis o siete alumnos. Uno de ellos era el señor José Prats, abogado del Estado, que después ocupó un cargo de importancia en el Partido Socialista. Había otro, un señor Nieto, hermano de dos famosas cantantes españolas. Una se llamaba Ofelia Nieto, y la otra era Angeles Oteín, que se había puesto el apellido Nieto al revés para distinguirse de su hermana. Por aquellos días murió Ofelia Nieto al ser operada, tal vez de apendicitis, y su hermano, pobre muchacho, le contaba a mi padre con verdadera rabia que a su hermana la habían tratado muy mal en la operación y había muerto por descuido del anestesista. Había

otros dos o tres alumnos más que no recuerdo.

El caso es que, al aceptar mi padre las clases, me llevó a mí también como alumno, y empezamos a estudiar alemán con el Antiguo Testamento, sin nada de gramática, cosas tan sencillas como «En el principio era el Verbo» y «Dios dijo: hágase la luz, y la luz se hizo», y cosas de esas que tiene la Biblia en cualquier idioma, tan concisas, descriptivas y bonitas que es una maravilla leerlas, y ayuda mucho la comparación de esas frases entre un idioma y otro.

Realmente creo que fue un acierto de mi padre escoger la Biblia para empezar a enseñar el alemán, no sólo para mí sino para sus alumnos del grupo. Eso fue a mis 12 años.

En Burgos estuvimos dos años. A mí me tocó ver todo el proceso de la instauración de la República, algo muy hermoso, porque la República se proclamó sin pegar un tiro, y no por elecciones para ver si se quería o no al Rey; fueron unas elecciones municipales, de poca importancia.

Recordemos, haciendo un poco de historia, que al dar Primo de Rivera su golpe de Estado en septiembre de 1923, el rey le encargó que formara Gobierno, y éste se mantuvo hasta principios de 1930. El rey, que tenía fama de ser bastante intrigante y amigo de jugarles malas pasadas a los que le servían bien, lo despidió sin ceremonias. Primo de Rivera se fue a refugiar en París, donde murió al año siguiente. En lugar de Primo de Rivera, el rey nombró primer ministro al general Berenguer. Entonces ya había bastante fermento republicano. En diciembre de 1930 hubo una asonada, una rebelión republicana que empezó en un cuartel en Jaca, en la provincia de Huesca, en el que se sublevaron varios capitanes de artillería, entre ellos Fermín Galán y Ángel García Hernández, a los cuales fusiló el Gobierno. (Durante la República fueron héroes venerados por haber sido precursores.) Al poco tiempo también renunció Berenguer, porque la situación se hacía muy difícil. Entonces el rey nombró jefe de gobierno al almirante Aznar. Este convocó elecciones. No sé si fue por presión de la oposición o por ver si podía afianzar la situación de la monarquía legalizándola por medio del voto popular; algo parecido a lo que le sucedió a Pinochet en Chile; también trató de entronizarse en el poder con el voto popular y le salió, como suele decirse, la criada respondona, porque la mayoría del pueblo se manifestó en contra de él

y no pudieron hacer topillo en el recuento de votos, y eso le pasó al Rey en España.

Las elecciones municipales fueron el 12 de abril de 1931, y el triunfo de la Coalición Republicana Radical Socialista fue abrumador. El Partido Comunista casi no existía entonces. El secretario general del Partido Comunista era José Bullejos, y no tenían realmente fuerza; creo que ni lanzaban candidatos. La oposición fue de los republicanos de izquierda, los moderados y los socialistas. Los principales eran Marcelino Domingo y Manuel Azaña por los republicanos; Largo Caballero e Indalecio Prieto por los socialistas; Diego Martínez Barrios, Miguel Maura (hijo del que había sido presidente del Consejo veinte años antes, Antonio Maura) y Alejandro Lerro, que después, ya durante la República, prefirió unirse a las derechas, en un plan más conservador todavía. Tras las elecciones, el Rey no quiso esperar más. Cuando se dio cuenta del resultado, o sea a la mañana siguiente, el 13 de abril, tomó su automóvil y se fue a Cartagena, se embarcó y se fue al exilio.

No sé si el mismo día 13 o el 14 por la mañana, dos ciudades se hicieron famosas porque el alcalde proclamó la República por su cuenta: Eibar, en Guipúzcoa, cerca de Bilbao, y Sagunto, en la provincia de Valencia. Desde luego, el 14 de abril ya se vio que los republicanos se harían con las riendas del poder, y se proclamó la República.

Todos los días iba andando de mi casa a la estación de ferrocarril a comprar el periódico, que llegaba de Madrid en tren. Iba yo solo cuando mi padre tenía turno de guardia en la farmacia, y los demás días íbamos juntos; así lo hicimos aquel 14 de abril.

A las dos de la tarde estábamos en el andén de la estación y vimos llegar el tren. Iba de Madrid a Irún, frente a Hendaya, en el lado francés. En ese tren, asomados a las ventanillas, iban tres hijos de los seis que tenía Alfonso XIII: sus dos hijas, rubias, muy bonitas, jóvenes (de unos 20 a 25 años), que iban llorando, y uno de los varones, Jaime, que era sordomudo y había aprendido a hablar defectuosamente al no poderse oír él mismo (decía *adío, adío*). En la misma estación de ferrocarril, un militar monárquico vestido de uniforme gritó: «¡Viva el Rey!». No sé si eso le costó la detención. Creo que no; con la alegría de haberse instaurado la República sin derramamiento de

sangre, al vencido se le permitían todos los exabruptos.

Después, a las cuatro de la tarde, pasó un tren procedente de Francia con destino a Madrid. En él venían del exilio tres o cuatro políticos importantes, que se asomaron a la puerta del vagón en las escaleras y saludaron a la gente los cinco minutos que el tren estuvo parado. Después siguió su marcha hacia Madrid. Recuerdo haber visto a Indalecio Prieto y creo que también a Miguel Maura. Me parece que en ese tren no venían Manuel Azaña ni Niceto Alcalá Zamora.

También me tocó estar en Burgos unos tres o cuatro meses después, cuando (para legalizar la República ya instaurada) se convocaron nuevas elecciones para las Cortes Constituyentes (Cámara de Diputados). Recuerdo que acompañé a mi padre al cuartel general de algún partido o coalición. En la provincia de Burgos se elegían ocho diputados, pero cada partido o agrupación sólo podía presentar seis candidatos, y la minoría tenía derecho a dos, por muy pocos votos que tuviera. Estuvimos toda la tarde viendo cómo se recibían los resultados de las elecciones por teléfono, por telegrama, etc. Los primeros recuentos de votos que se conocieron fueron de casillas de la propia ciudad de Burgos, porque estaban más cerca y se recibían más pronto. Pero hacia las doce de la noche fueron llegando datos de pueblos más alejados, donde imperaba el caciquismo, con los clásicos pucherazos con los que los políticos de derecha influyentes en el pueblo arrebataban las urnas y metían papeletas no emitidas legalmente (de embuchado). Ahí empezaron a hundirse los candidatos de la izquierda en la votación. Al final, en las elecciones en la provincia de Burgos salieron los seis diputados de las derechas monárquicas y conservadoras de cualquier otro tipo, y solamente dos de los de la izquierda.

En Burgos estuvimos sólo hasta agosto de 1931. No recuerdo cómo salió de Burgos mi padre; creo que solicitó una licencia porque tenía la idea de vivir en Madrid. En la capital estuvimos viviendo en un apartamento. En 1932 mi abuela compró un terreno en Chamartín de la Rosa, en la Colonia de los Pinares, se hizo una casita y allí nos fuimos a vivir todos.

Desde septiembre de 1931 yo asistí al Colegio Alemán de Madrid, donde estuve cinco años (1931-1936). Entré a los 13 años en un grupo en

que la edad media de los alumnos era de seis o siete años, en la clase llamada *Novena*. La nomenclatura del Colegio Alemán de Madrid comprendía, como equivalentes a la primaria, las clases *Novena*, *Oktava*, *Septima*, *Sexta*, *Quinta* y *Quarta*. Después seguían, a manera de secundaria, la *Untertertia*, *Obertertia* y *Untersekunda*, y por último, como una especie de preparatoria, la *Obersekunda*, *Unterprima* y *Oberprima*. Mi estancia en el grupo de inscripción inicial sólo duró dos o tres semanas, porque en seguida me pasaron al otro edificio, me hicieron dar un gran salto y acabé el año en la *Quinta*. Pasé a la *Quarta*. Al año siguiente brinqué la *Untertertia* y pasé directamente a la *Obertertia*. Luego hice la *Untersekunda* y la *Obersekunda*. En eso nos pilló la guerra y ya no pude terminar lo que se llamaba el *Abitur* o preparatoria.

En esos cinco años tuve de todo: experimenté satisfacciones muy grandes, hice buenos amigos, y en casi todos los años me tocó ser el único español en un grupo de hijos de alemanes, que vivían en España porque sus padres eran representantes de casas comerciales alemanas. La colonia alemana en Madrid era muy fuerte. Algún año tuve tres o cuatro compañeros españoles, pero la mayoría siempre era de alemanes. En el último año antes de la guerra éramos un grupo de quince: tres muchachas (dos alemanas: Ingrid Ullmann y Ursula Enge, y una austriaca, Ana Maria Kowarick) y doce muchachos (diez alemanes: Hans-Jürgen Jossen, Gerhard Lutter, Anton Spitzer, Willy Braun, Fritz Degen, Bernhard Raabe, Eduardo Mordt, Hans Bober, Otto Meinecke, Heinz Kürten; un polaco, Willy Rudnick, y yo como único español).

Gracias a la preparación que me había dado mi padre, fui brillante en gramática y en redacción en alemán. Sobre todo en los últimos dos años fui el mejor de la clase y tuve mejor ortografía y redacción que muchos alemanes nativos, lo cual me dio mucha confianza. Por mi débil constitución física, en los últimos años estuve exento de asistir a las clases de gimnasia, porque no podía correr ni hacer los ejercicios en las barras paralelas.

Tuve problemas con las clases de religión. En mi primer día en la *Quinta*, el maestro de clase pasó revista (había muchos católicos y muchos protestantes) y vio que mi padre, en la solicitud para que yo entrara en el Colegio Alemán, en el

renglón de religión había puesto «no». Entonces el maestro dijo: «"no" quiere decir católico», y me mandó a la clase de religión católica. Como yo no tenía instrucción religiosa de ninguna clase, pasé bastantes malos ratos. Algún compañero que era protestante me sugirió: «¿Por qué no te vienes a clase de religión con nosotros? Tenemos la religión evangélica y es muy agradable, porque el pastor es mejor que el católico». Yo tenía 13 años y asistí una o dos veces a las clases de religión. Entonces mi padre intervino en el asunto, fue a ver al director de la escuela y dijo: «Mire, quizá le parezca raro, porque en España un 99% de la población es católica, pero yo no le he inculcado ningún tipo de religión y preferiría que no lo obligaran, porque para él es una cosa desagradable, no está preparado.» Total, parece que no hubo gran problema. El director de la escuela, Willy Schulz, era bastante buena persona. Había ya mucha efervescencia porque en Alemania, aunque Hitler aún no había subido al poder, los nazis estaban ya en pleno auge, pero en España había bastante libertad todavía.

Mi instrucción en el Colegio Alemán fue verdaderamente humanista. Aprendí botánica, química, física, geografía, historia, la lengua alemana (todavía conozco hoy nombres de animales en alemán sin saberlos bien en español), matemáticas; todo nos lo daban en alemán. Me gustó mucho la educación en el Colegio Alemán. Me fascinaba sobre todo la clase de literatura alemana. Recuerdo con qué gusto aprendía yo poesías de Goethe. Leíamos trozos de obras dramáticas de Schiller. Incluso en alemán recuerdo muchos versos de la Iliada y de la Odisea. No estudiábamos griego, pero cursábamos literatura griega en alemán.

En el Colegio Alemán adquirí mis primeros conocimientos de inglés, con un maestro alemán.

En julio de 1936 estalló la guerra en España, y el Colegio Alemán ya no se volvió a abrir. A los pocos meses, el Gobierno de la República llamó a mi padre al servicio activo, porque era uno de los pocos farmacéuticos militares en los que podía confiar, y lo nombró jefe de un laboratorio de análisis en el Portillo de Embajadores, en el sur de Madrid. Para que yo no estuviera en casa sin hacer nada, mi padre me llevó un par de veces a preparar soluciones que no sé si tendrían alguna aplicación práctica para la guerra: licor de Dakin a base de cloro y otras sustancias, por ejemplo. Tenía

que trabajar en un autoclave y dejar el líquido en reposo toda la noche a una temperatura constante. El aparato tenía un termostato que se encendía y se apagaba según la temperatura. Un día hubo un tiroteo porque un *gun* miliciano leal a la República vio que se encendía y se apagaba la luz en alguna ventana del laboratorio y creyó que algún fascista trataba de hacer señas a los aviones de Franco. Pegó un tiro, y en ese momento dio la casualidad de que el autoclave se apagó, con lo que ya no hubo más problemas. Pero mi padre no quiso que yo volviera al laboratorio y se suspendieron aquellos análisis que tenían tan alborotados a los milicianos.

A fines de diciembre de 1936 destinaron a mi padre a Valencia para dirigir la sección de farmacia militar. Mi padre, mi madre y yo viajamos hasta allí en un automóvil de los del servicio del ejército, que eran requisados. Era muy frecuente que los ricos, los capitalistas escondidos por miedo a que los mataran, se fueran a través de Francia a unirse con Franco, y les embargaban sus casas, sus automóviles y todo, y andábamos viajando en automóviles particulares prácticamente robados a sus dueños, pero requisados por los sindicatos y por las milicias. Con dos milicianos que eran leales y respetaban mucho a mi padre, fuimos de Madrid a Valencia por el camino más largo, es decir, por Albacete, porque la ruta directa de Madrid a Valencia por Cuenca estaba en poder de las tropas de Franco, que habían conquistado una gran parte de Castilla.

Al poco tiempo de nuestra llegada a Valencia, el coronel Cerrada, jefe de Sanidad Militar, le dijo a mi padre: «Oye, tu chico habla idiomas, ¿verdad?» «Pues sí», dijo mi padre. «¿Por qué no lo traes por aquí? Tenemos un problema con los médicos de

las Brigadas Internacionales que vienen de otros países, y no hay manera de entenderse con ellos.» Entonces me metieron allí; estuve trabajando en Valencia como intérprete y traductor y allí hice toda la guerra realmente hasta que la perdimos y cruzamos la frontera de Francia.

Aquellos tres años fueron para mí bastante agradables. Políticamente era todo lo contrario de lo que yo había conocido en el Colegio Alemán, pero me sentí muy ligado a compañeros de diversos orígenes, gente humilde, antifascistas, perseguidos, exiliados de sus países, y tuve varios amigos entrañables. Recuerdo a uno de ellos, Jack Penczina, polaco, que tenía bonita voz y con el que yo cantaba a dúo muchas de las canciones en ruso que conocíamos.

Mi vida no es realmente la vida de un refugiado español de la guerra, porque me tocó vivir con relativa comodidad. No me permitieron ir al frente, aunque ya tenía 18 años cumplidos cuando empezó la guerra.

Se aprovechó mi calidad de intelectual y de políglota, y tal vez serví a la República en el puesto que se me confió mejor que si hubiera acudido al frente. Por naturaleza he sido siempre hombre pacífico. Una muestra de ello es que durante la guerra, en Barcelona, le robaron su automóvil a mi comandante, jefe de Sanidad de las Brigadas Internacionales. Lo encontraron abandonado a un par de calles de distancia, y a mí me apostaron en una esquina para ver si el autor del robo venía por él. Me dijeron: «Si ves a alguien sospechoso le pega un tiro», y yo pregunté: «Y ¿cómo se maneja esto?» Creo que en 30 segundos me explicaron el manejo de un fusil sin hacer ninguna prueba ni pegar un tiro. Esto da una idea de lo inútil que yo habría sido en la guerra.